

RENUNCIA PRESIDENCIAL: ANTECEDENTES Y CONSECUENCIAS

El Rumor como Indicador y Hecho Político. Ernesto Zedillo acaba de afirmar en Ottawa que él es un presidente fuerte. Está en su derecho de decirlo, pero resulta que ese tipo de declaración carece de sentido: no se puede ser juez y parte. En este caso, es el resto de la sociedad que realmente está en posibilidad de otorgarle o no al presidente el calificativo de fuerte. Por lo pronto, el hecho mismo de que haya una discusión pública en torno a su posible renuncia es ya un indicador importante sobre la percepción que se tiene de su presencia.

Renuncias presidenciales hemos tenido muchas en nuestra historia. Algunas de ellas han sido dramáticas, otras trágicas y también las ha habido francamente ridículas. En cualquier caso, todas han sido resultado de fallas institucionales, de disfuncionalidades que de tiempo atrás afectaban al sistema político. El hecho mismo de que hoy, al acercarnos a la conclusión del segundo año de gobierno de Ernesto Zedillo, - momento a partir del cual una renuncia presidencial obligaría a una nueva elección- salte a los medios de comunicación el ya viejo rumor de resolver la crisis por la vía de la renuncia presidencial -voluntaria o forzada-, es en si mismo, y aunque nunca pase de especulación, un indicador de las fallas del liderazgo y de las instituciones actuales, del agotamiento del arreglo político que vivimos.

La Experiencia Histórica: el Siglo XIX. Una manera de comprender y evaluar el significado de una renuncia presidencial hoy día -posibilidad considerada públicamente como indeseable por todos los actores políticos relevantes, incluidos los de oposición-, consiste en volver los ojos hacia la historia y sacar algunas conclusiones.

En la primera mitad de nuestro siglo XIX, lo normal era justamente que los presidentes no concluyeran su período, que fueran derrocados o que se vieran obligados a renunciar. El primer presidente que tuvo México -el duranguense José Miguel Ramón Adauto Fernández Félix, mejor conocido como Guadalupe Victoria- si logró terminar su período, en parte porque contó con los recursos materiales mínimos para ello, producto de los préstamos otorgados por los ingleses. Sin embargo, a partir de entonces y hasta las presidencias de Benito Juárez, nadie volvió a realizar tamaña proeza. De 1829 hasta la caída de Santa Anna en 1855, hubo 48 cambios en el Poder Ejecutivo: casi dos por año, en promedio. Algunos presidentes duraron sólo unos meses y sus nombres significados casi se han perdido en la memoria mexicana, como es el caso de Juan B. Ceballos o Manuel Lombardini. En 1859, en plena lucha entre liberales y conservadores, José Ignacio Pavón, sólo duró un par de días en la presidencia.

Con Juárez la institución presidencial empezó a ganar poder y estabilidad, pero ésta se perdió de manera repentina en 1911 cuando la por tanto tiempo estable dictadura de Porfirio

Díaz se vino abajo. Fue entonces, poco después de empezar el actual siglo, retornó la inestabilidad presidencial.

Las Tragedias. La primera renuncia del siglo es la del general Porfirio Díaz y tuvo lugar en 25 de mayo de 1911. La circunstancia fue dramática. En su carta de renuncia, y tras haber perdido Ciudad Juárez, el viejo dictador afirmó: "El Pueblo mexicano, ese pueblo que tan generosamente me ha colmado de honores... se ha insurreccionado". En esas condiciones, para retener el poder "sería necesario seguir derramando sangre mexicana, (Y) abatiendo el crédito de la Nación"; para no dar pié a ello, el presidente dimitía sin reservas al cargo. Díaz se fue de la presidencia dolido por lo que consideró una ingratitud del país. Murió fuera y sus restos aún descansan en tierra extranjera. Ya podrían traerlos, pues aquí están enterradas gentes con muchos menos méritos y más fallas que el general Díaz.

Quien en lucha abierta obligó a Díaz a dejar el poder, también renunció, pero en circunstancia distintas, trágicas. Francisco Y. Madero, víctima de la traición militar y de la presión norteamericana, prisionero en Palacio y sabiendo ya del asesinato de su hermano a manos de los golpistas, fue forzado a renunciar por Victoriano Huerta el 19 de febrero de 1913, a los quince meses de haber ascendido al cargo. Lo hizo en medio de la soledad y el sentimiento de culpa por, según lo declaró él mismo, no haber sabido retener el mandato popular que, como pocos, había ganado. Ya sin la presidencia, Madero era un

peligro para los traidores, que por ello ordenaron su asesinato tres días más tarde, al amparo de la oscuridad de los altos muros exteriores de la prisión de Lecumberri.

Formalmente, el cargo de presidente interino quedó entonces en el secretario de Relaciones Exteriores, Pedro Lascuráin. Había sido éste un buen secretario del ramo, pero en el momento cumbre flaqueó y se prestó a la absurda maniobra. Fue presidente por 45 minutos, los estrictamente suficientes para nombrar al infame general Huerta secretario de Gobernación, acto seguido renunciar y dejar así a Huerta al cargo de la presidencia de una república hecha trizas, que de esa manera entraba en la verdadera revolución.

Huerta, el traidor de traidores, no duraría mucho como presidente interino. El y su ejército fueron destruidos por el huracán revolucionario. Si apoyo norteamericano ni europeo, militar y moralmente derrotado, Huerta renunció a la presidencia el 15 de junio de 1914 y acto seguido se embarcó para Europa... para luego intentar el retorno y la recuperación de la presidencia con la ayuda de los alemanes. Ya no logró su objetivo y habría de morir en Texas, en 1916, poco después de haber salido de una prisión norteamericana. Difícilmente podría haber habido un final más humillante para un militar desleal y que se dijo presidente de México. De tarde en tarde la historia hace justicia.

Frente a la obra del presidente Carranza puede haber muchas reacciones negativas, pero difícilmente alguien le puede negar

el acto de valor y congruencia supremos al preferir antes que la renuncia humillante la muerte digna, allá en el frío, la lluvia y la noche de la sierra poblana, en Tlaxcalantongo, el 21 de mayo de 1920.

La Comedia. La última renuncia presidencial que ha presenciado México fue la del ingeniero y general Pascual Ortiz Rubio el primer presidente que llegó al cargo por la vía del partido de Estado, el PNR, origen del PRI actual. A él lo puso como candidato de la maquinaria oficial el general Plutarco Elías Calles y el mismo Calles lo depuso como presidente. Aquí no hubo tragedia, grandeza ni nada que se le parezca, sino mala suerte, servilismo y, sobre todo, el triste espectáculo de un presidente seleccionado por sus características negativas, y que simplemente fue incapaz de gobernar. Ortiz Rubio nunca pudo siquiera controlar a su gabinete, y tras una serie ininterrumpida de crisis que se iniciaron con un atentado el mismo día de la toma de posesión, debió rendirse ante el hecho público, notorio y humillante que otro gobernaba por él: el general y expresidente Calles, creador del partido oficial y a quien una clase política obsequiosa en extremo, daba el rimbombante título de "Jefe Máximo de la Revolución Mexicana".

En 1935, el general Lázaro Cárdenas, ante la especulación pública en torno a si seguiría o no el mismo camino que Ortiz Rubio, simplemente se armó de valor, cambió a su gabinete, se impuso dentro del PNR, se enfrentó a los gobernadores que le habían desafiado, echó fuera del país a Calles e inició un

cambio político y social de carácter histórico. Fue así como acabó de tajo con los rumores sobre su renuncia. De entonces a la fecha, la posibilidad de la renuncia de la que fuera en términos relativos una de las presidencias más poderosas y autoritarias del mundo, simplemente no existió.

Las Lecciones. Como se apuntó al principio, el que hoy se vuelva a considerar la posibilidad que el presidente renuncie antes de haber llegado siquiera a la mitad de su sexenio no quiere decir que ese vaya a ser el caso, pero si es una señal más de la crisis del presidencialismo y del régimen político mexicano en su conjunto.

En cualquier país una renuncia presidencial significa una crisis de gran magnitud, pero aún más en México. Para empezar, aquí no hay vicepresidente. Con la memoria fresca sobre el conflicto dentro de la élite que había causado la disputa por la vicepresidencia en el Porfiriato, la Revolución suprimió el puesto. Hoy no hay nadie que formalmente este preparado para sustituir al presidente.

El mecanismo de sustitución presidencial que hoy existe es el mismo que se empleó en el caso de Pascual Ortiz Rubio. En principio es el Congreso el que decide quien debe ser el presidente interino o substituto según el caso. Esta es la teoría, pero la práctica es otra; en 1932, el Congreso estaba dominado por el partido de Estado y este partido por Calles, entonces fue Calles el que decidió sin mayor problema ni oposición que el puesto de Ortiz Rubio pasara a manos de un

fiel subordinado, Abelardo L. Rodríguez, y listo. La llamada crisis de 1932 no fue tal, porque el centro real del poder nunca varió, nunca hubo vacío, Calles mantuvo la maquinaria andando.

La situación de 1932 no podría repetirse hoy, pues las cosas son muy distintas. Mal que bien y en la medida en que lo hay, el presidente es el único centro de poder. Si Zedillo se fuera, y puesto que el Congreso aún carece de autonomía, ¿quién le daría línea y disciplinaría a los congresistas del PRI para designar al sucesor? ¿Fernando Ortiz Arana, Roque Villanueva, Santiago Oñate? ¿qué figura externa podría hoy jugar el papel de Calles hace 64 años? ¿Carlos Salinas, José Córdoba, Fernando Gutiérrez Barrios o Hank González? ¿Manuel Barlett o cualquier otro miembro del llamado "sindicato de gobernadores"? No, lo más seguro es que ante una renuncia presidencial la de por sí fragmentada "clase política" priísta se fragmentaría aún más y no llegaría rápidamente al candidato de consenso. La oposición, en cualquier caso minoría, hace tiempo que dejó de intentar, si es que alguna vez lo intentó, acuerdos de fondos, alianzas.

Las Posibilidades. Una renuncia presidencial hoy aceleraría al extremo la crisis política actual, pero sin la seguridad de resolverla bien y si con muchas posibilidades de empeorarla. Por otro lado, una reacción presidencial ante los rumores al estilo Cárdenas 1935 -deshacerse de los obstáculos internos y poner en marcha la transformación del sistema mediante una nueva alianza política y social-. es altamente improbable, pues

lo que no se hizo al principio difícilmente se hará ahora. Así pues, lo más seguro es que sigamos arrastrando ñas indefiniciones de una época en que el autoritarismo arcaico es cada vez más costoso y disfuncional pero la alternativa, un arreglo democrático carece de la fuerza necesaria para imponerse.